

# Vulnerabilidad y la inclinación del sujeto en “La mujer más pequeña del mundo”

VULNERABILITY AND THE INCLINATION OF THE SUBJECT IN “THE SMALLEST WOMAN IN THE WORLD”

Alejandra de la Peña-Barrigón\*

**Resumen:** Se propone que en el cuento “La mujer más pequeña del mundo”, de Clarice Lispector, los personajes se relacionan desde la vulnerabilidad, término que se entiende a partir de las perspectivas de Adriana Cavarero y Judith Butler, pues todos practican una inclinación, es decir, un cambio de geometría relacional ante la postura erguida del paradigma kantiano/cartesiano. En el relato, el enfrentamiento del explorador con Pequeña Flor le hace dar cuenta de la indefensión y precariedad de lo Otro y, en consecuencia, de la indefensión y precariedad de la vida misma. Así, se argumenta que la narración explora la ética que surge del encuentro con el ‘rostro’ del Otro, como lo entiende Emmanuel Levinas, que implica, a la vez, una amenaza y una demanda de paz. Finalmente, se concluye que la obra aboga por una existencia en el mundo que reconoce la interdependencia de los seres y la vulnerabilidad como característica común.

**Palabras clave:** vulnerabilidad; inclinación; modos relacionales; ética; mujeres

**Abstract:** This paper proposes that in the short story "The Smallest Woman in the World" by Clarice Lispector, the characters relate to each other through vulnerability, a term understood from the perspectives of Adriana Cavarero and Judith Butler, as they all practice an inclination, that is, a change in relational geometry from the upright posture of the Kantian/Cartesian paradigm. In the story, the explorer's encounter with Little Flower makes him realize the defenselessness and precariousness of the Other, and consequently, the defenselessness and precariousness of life itself. Thus, it is argued that the story explores the ethics that arise from the encounter with the "face" of the Other, as understood by Emmanuel Levinas, which simultaneously implies a threat and a demand for peace. Ultimately, the story advocates for existing whilst recognizing the interdependence of beings and vulnerability as a common characteristic to us all, though in varying degrees.

**Keywords:** vulnerability; inclination; ethics; women

\* Universidad Iberoamericana,  
México  
Correo-e: ale.delapena98@gmail.  
com  
Recibido: 30 de noviembre de 2022  
Aprobado: 11 de julio de 2024



“La mujer más pequeña del mundo”, cuento escrito por Clarice Lispector y publicado en *Lazos de familia* (1960), narra el encuentro de Marcel Petre, un explorador francés, con los humanos más pequeños del mundo, que habitan en el corazón del África. El relato se centra en el asombro del expedicionario por la más diminuta de entre ellos, una mujer embarazada a quien nombra Pequeña Flor. En este relato se manifiesta la vulnerabilidad como condición común de vida, pues el encuentro con la pequeña aborígen encinta constituye un despertar del viajero a la indefensión de la existencia. Por otro lado, se sugiere una concepción de lo humano a partir de un sujeto inclinado, dado que la relación entre ambos personajes surge de la inclinación de Petre ante Pequeña Flor, lo que implica un encuentro con el Otro. Este vínculo expone la dependencia del ser de otros seres, y así, aboga por una existencia fuera de los límites del yo que ocurre fuera del sujeto en tanto este necesita de los demás.

Se propone una aplicación de los conceptos ‘vulnerabilidad’ y ‘sujeto inclinado’, como los discuten Judith Butler y Adriana Cavarero en las jornadas “Cuerpo, memoria y representación” (2011). Para emprender este recorrido se entretiene el análisis de “La mujer más pequeña del mundo” con la discusión de estas nociones, para así mostrar que la manera en que se relacionan los personajes del cuento activa una ética de la vulnerabilidad que Butler ya prefiguraba en el libro *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia* (2006), y a la que también Cavarero apuntaba en *Horrorismo. Nombrando la violencia contemporánea*, (2009), pero que no fue puesta en común hasta las jornadas citadas.

Comencemos por el concepto de vulnerabilidad. Para definirlo, Cavarero retoma la etimología de la palabra:

Derivada del latín «vulnus», herida, la vulnerabilidad es definitivamente una cuestión de piel, y lo es al menos según dos significados que presentan un cierto parecido pero también una diferencia fundamental. El significado primario remite a la rotura de la «derma», a la laceración traumática de la piel. [...] existe una conjetura etimológica secundaria [...] a través de la raíz «vel», aludiría sobre todo a la piel depilada, lisa, desnuda y, por ello, expuesta en grado máximo (2019: 6).

La tribu de los likoualas, a la que pertenece Pequeña Flor, es vulnerable en ambos sentidos. En relación con el primero se dice: “el gran riesgo para los escasos likoualas está en los salvajes bantúes, amenaza que los rodea en silencioso aire como en madrugada de batalla. Los bantúes los cazan con redes, como lo hacen con los monos. Y los comen” (56).<sup>1</sup> La tribu no solo está expuesta a una herida, sino que esta es letal y los convierte en materia consumible para el Otro. A pesar de que los bantúes y el propio Petre también están bajo la amenaza de ser heridos, la caracterización de los likoualas a partir de su tamaño como “los pigmeos más pequeños del mundo” (56), así como sus reducidas posibilidades de autodefensa los convierte en la población más frágil dentro del universo del relato. Encima, el paralelo que se traza entre la cacería de la tribu y la de los monos apunta a que hay otras especies no humanas que no llegan a insertarse en la jerarquía de la narración, pero que comprenden otra cadena de vulnerabilidad. Esto promueve preguntas como las que hace Butler en *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia*: más allá del tamaño, ¿qué hace que una especie sea más vulnerable?, ¿qué provoca que una muerte nos cause más dolor que otra?, ¿por qué nos conmueven más los likoualas que los monos?, ¿nos causaría más sufrimiento la pérdida del explorador que la de Pequeña

1 Todas las citas pertenecientes a “La mujer más pequeña del mundo” corresponden a Lispector (2011), por lo cual solo se anota el número de página.

Flor? Así, esta acepción de la fragilidad nos permite identificar desde qué posición de riesgo mortal se aproximan unos personajes a otros y nos interpela con preguntas sobre la importancia que le otorgamos a ciertas muertes y el duelo que nos permitimos sentir por unas y por otras.

La segunda conjetura etimológica, la vulnerabilidad como estado de exposición al Otro, puede llevar a la configuración de una ética inclinada y está presente desde la primera oración que caracteriza al expedicionario: “En las profundidades del África Ecuatorial, el explorador francés Marcel Petre, cazador y hombre de mundo, se encontró con una tribu de pigmeos de una pequeñez sorprendente” (56). El quehacer de este personaje es buscar al Otro, pero al ser cazador se preserva latente la amenaza de muerte que él implica para los demás en ese encuentro. Sin embargo, ante la mujer más diminuta del mundo, reemplaza su instinto de cacería, de matar, por el de la asimilación de la otredad mediante el discurso: “sintiendo la necesidad inmediata de orden y de dar nombre a lo que existe, la apellidó Pequeña Flor. Y para conseguir clasificarla entre las realidades reconocibles, pasó enseguida a recoger datos relacionados con ella” (57). Las prácticas de nombrar y categorizar implican un proceso de ordenamiento que, si bien no conduce a la muerte, al menos no inmediatamente, sí conlleva una violencia posesiva. Begonya Saez Tajafuerce advierte los peligros de esta operación en la introducción que hace a las conferencias de Butler y Cavarero: “el reconocimiento pleno del Otro, su definición, su fijación, su estereotipación conducen necesariamente a la negación de su singularidad, por lo que el otro deviene superfluo y, entonces, prescindible” (2014: 12). La narración escapa de estos peligros, en primer lugar, porque siempre regresa a la singularidad de Pequeña Flor en este mundo ficcional; y en segundo, al abrir un espacio en el que tanto el explorador como los lectores de sus ‘descubrimientos’ se sienten descolocados, más que reconfortados, al encarar esta otredad.

Aquí podemos recuperar la noción de ‘rostro’ de Levinas, que también retoma Butler, tanto en *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia* como en las jornadas, para ahondar en las implicaciones de la respuesta de Petre y los lectores ante la interpelación que supone Pequeña Flor como alteridad. Levinas define: “el rostro del otro en su precariedad e indefensión constituye a la vez una tentación de matar y una apelación a la paz” (1995: 147). Así, para quienes encaran a Pequeña Flor, el encuentro supone, en un primer momento, el deseo de terminar con ella. Tal es la reflexión que despierta en la madre que, ante la noticia del diario relatada por el hijo, recuerda que en sus años de orfanato escondieron el cuerpo de una de las niñas que había muerto para jugar con ella como muñeca: “Consideró la ferocidad con que queremos jugar. Y el número de veces en que habremos de matar por amor” (58). En otros lectores el peligro se advierte de forma velada: “una señora sintió tan perversa ternura por la pequeñez de la mujer africana que —siendo mucho mejor prevenir que remediar—, jamás se debería dejar a Pequeña Flor a solas con la ternura de aquella señora” (58). En otros casos esta pulsión se convierte en un acto ejecutado a medio camino, pues toma la forma de una fantasía en la que la aborigen ya no se presenta humana, sino ‘bicho’: “pero es tristeza de bicho, no es tristeza humana” (58); juguete: “Y nosotros, entonces, podríamos jugar tanto con ella, haríamos de ella nuestro juguete, ¿sí?” (59); o posesión: “En el corazón de cada uno de los miembros de la familia nació, nostálgico, el deseo de tener para sí aquella cosa menuda e indomable” (60). En este sentido, la ternura que despierta Pequeña Flor en los lectores, un sentimiento que a menudo genera aquello que es más vulnerable que nosotros, desemboca en expresiones de cariño que la amenazan con la muerte o con ser apropiada/devorada por el cuerpo que siente esa ternura.

No obstante, en todas las reacciones de los lectores hay algo de malestar que suspende esta pulsión de matar y que más bien responde

a la interpelación de paz de la que habla Levinas: “Responder por el rostro, comprender lo que quiere decir, significa despertarse a lo que es precario de otra vida o, más bien, a la precariedad de la vida misma” (Butler, 2006: 169). La primera reacción que se describe es la de una mujer que: “al mirar en el diario abierto el retrato de Pequeña Flor, no quiso mirarlo una segunda vez «porque me da aflicción»” (56). Se puede argumentar que este sentimiento proviene de la batalla interna que se dispara entre la pulsión de matar y esa voz que nos interpela ‘no matarás’, impidiendo el asesinato. Butler, además, considera que responder a este llamado implica aceptar y mirar de frente no a nuestra precariedad, sino a la de la vida misma. Sobre la madre que de niña jugaba con el cadáver de otra pequeña, el cuento anota: “Entonces, miró al hijo sagaz como si mirase a una peligrosa desconocida. Y sintió horror de su propia alma que, más que su cuerpo, había engendrado a aquel ser apto para la vida y para la felicidad” (58). Este horror proviene de haber concebido a un Otro, a un ser distinto que aún no ha muerto, lo que lo hace vulnerable, como Pequeña Flor; de su enfrentamiento con la vulnerabilidad que se le presenta siempre en el rostro que la interpela, sea su hijo o la fotografía de la mujer más pequeña del mundo, que le hace dar cuenta de que la indefensión es una característica común de la vida.

Pero este enfrentamiento a través de la fotografía es secundario, Marcel Petre es quien lo vive en primera instancia y el momento en el que queda más clara esta interacción y la sensación de malestar que produce es cuando el hombre se queda pasmado ante la risa de Pequeña Flor: “El explorador incómodo no consiguió clasificar esa risa, y ella continuó disfrutando de su propia risa apacible” (59). En este caso el gesto funge como una expresión del rostro imposible de ignorar que a la vez demuestra la inconmensurabilidad, el abismo de la vida y su imposibilidad de ser representada. La contrariedad del individuo, entonces, responde al estar ante algo incomprensible y a la

vez humano. No es casualidad que se configure a la mujer como abismo: “El explorador intentó sonreírle en retribución, sin saber exactamente a qué abismo su sonrisa contestaba” (60). A la vez, la risa es una apelación no esperada, una llamada a la que Petre no puede negarse, una intrusión en su pensamiento sobre la que no tiene agencia. Butler explica: “Al nivel más primario otros actúan sobre nosotros de maneras acerca de las cuales no tenemos voz, y esa pasividad, susceptibilidad y condición de ser objeto de una intrusión instauran lo que somos” (2012: 125-126). Así, el rostro, en este caso la risa, en tanto interpelación directa, enfrenta a Petre a la condición común de exposición y vulnerabilidad de la existencia.

Resulta provechoso analizar la razón por la cual mujer ríe: “No ser devorado es el sentimiento más perfecto. No ser devorado es el objetivo secreto de toda una vida. En tanto ella no estaba siendo comida, su risa bestial era tan delicada como es delicada la alegría” (59). Aunque en una lectura puntual del momento podría parecer que de quién se libra Pequeña Flor es de los bantúes, otra posible interpretación es que se salva de ser devorada por Petre y los lectores del diario donde se publica la noticia sobre ella con una fotografía que la captura en su tamaño natural. Las descripciones de su cuerpo y su persona son intentos por delimitarla y poseerla, así como elementos que la exponen ante los demás, pero en tanto su rostro funge como una apelación al Otro que no ha sido ignorada sabe que ha superado el riesgo de morir.

En este punto de la narración, la lógica de estar en el mundo ya se ha trastocado, pues todos los personajes han sido enfrentados por una otredad que les ha hecho instaurar dentro de sí una lucha entre la pulsión de matar y la de responder al rostro de Pequeña Flor. Entonces: “Cuando la vulnerabilidad es considerada condición ontológica universal, la pregunta por el ser experimenta un giro irreversible, en virtud del cual ya no cabe la fórmula «¿qué soy?» sino «¿quién eres?»” (Saez Tajafuerce, 2014: 9). Esta podría considerarse la

pregunta central del cuento, pues todos los protagonistas la hacen en algún momento; incluso se podría decir que Pequeña Flor cuestiona a Marcel Petre mediante la curiosidad con la que hace conjeturas sobre él: “Se tornó de un color lindo, el suyo, de un rosa-verdoso, como el de un limón de madrugada. Él debía de ser agrio” (60). Aquí se puede leer que ella también observa el rostro de Petre que la interpela y, más que intentar definirlo, hace una suposición sobre él que queda abierta al error y al cambio.

Este modo de ser en el mundo se contrapone al del sujeto kantiano/cartesiano que se yergue verticalmente por ser independiente y libre. La vulnerabilidad desplaza la idea de un yo autónomo hacia un yo que se inclina hacia el Otro y que solo puede ser en esta relación asimétrica. Como declara Butler: “Decir que cualquiera de nosotros es un ser vulnerable es, por tanto, establecer nuestra dependencia radical no solamente respecto a los otros, sino respecto a un mundo continuo” (2008: 48). En este relato, la inclinación se vuelve literal por la diferencia de tamaños y se da en el explorador y los lectores del diario hacia la mujer más pequeña del mundo, y a su vez, en la mujer más pequeña del mundo hacia su bebé. Esto sugiere una cadena infinita de inclinación planteada al inicio del texto: “—como una caja dentro de otra caja, dentro de otra caja— [...] obedeciendo, tal vez, a una necesidad que a veces tiene la naturaleza de excederse a sí misma” (56).

Por lo demás, el relato contradice los principios kantianos desde el inicio: “Cuando un hijo nace, se le da libertad casi inmediatamente. Es verdad que, muchas veces, la criatura no aprovechará por mucho tiempo de esa libertad entre fieras” (56). Kant establece que el niño llora porque se sabe dependiente, pero en esta tribu los pequeños son libres sin dejar de ser vulnerables, pues están expuestos a ser devorados, expuestos perpetuamente al Otro. Es así como la existencia se vuelve colectiva, tal como ilustra Butler:

si las condiciones de mi supervivencia dependen de la relación con otros, con un ‘yo’ o con un conjunto de ‘yoes’ sin los cuales no puedo existir, entonces, mi existencia no es solo mía, sino que se encuentra fuera de mí misma, en ese conjunto de relaciones que preceden y exceden los límites del yo que soy (2008: 53).

Solo en su apertura a Pequeña Flor, Marcel Petre puede ser quien es, en el encuentro con ese rostro se vuelve explorador; es la inclinación misma, la relación que establece con la mujer, la que le otorga la posibilidad de dar cuenta de la condición común de vida que comparte con todos sus sujetos de estudio.

Es importante resaltar que el vínculo entre el expedicionario y la aborigen es distinta a la que los *likoualas* tienen con los *bantúes*, ya que esta última responde a la amenaza de herida y muerte, mientras la primera es un modo de ser expuesto que ha superado el peligro; en otras palabras: “subjetividad como sensibilidad, exposición a los otros, responsabilidad en la proximidad de los otros, materia y lugar mismo del para-el Otro” (Cavarero, 2009: 28). En una lectura aventurada, podríamos decir que este modo de ser también resignifica el amor. En el cuento, amor es estar expuesto al otro, inclinado ante él, sin la intención de poseerlo o devorarlo: “amor es no ser comido, amor es hallar bonita una bota, amor es gustar del color raro de un hombre que no es negro, amor es reír del amor a un anillo que brilla” (60), es el simple estado de apertura a lo extraño, así como dar cuenta de que ese extraño es vulnerable.

En suma, “La mujer más pequeña del mundo” es un relato que utiliza como motor narrativo la vulnerabilidad como condición común del ser humano y la inclinación del sujeto ante lo Otro como ética relacional. El encuentro de Marcel Petre y los lectores del diario con el rostro de la otredad de la mujer más pequeña del mundo es lo que les hace dar cuenta de la indefensión y

precariedad de Pequeña Flor como su Otro y, en consecuencia, de la indefensión y precariedad de la vida misma. El malestar que sufren Petre y los lectores enmarca la lucha interna con la que los confronta ese rostro, y la risa de Pequeña Flor es la imagen de la victoria que supone abrir los ojos ante ese Otro y no matarlo. Esta mujer que se complace por no ser devorada desmonta la idea de un sujeto autónomo y aboga por una existencia que depende de los otros, que está fuera del 'yo'. Además, este nuevo modo de ser resignifica el amor, haciendo de él un estado de disfrute de la apertura hacia lo extraño, donde se acepta la imposibilidad de definir/poseer/devorar aquello que se ama. Ser un sujeto inclinado es vencer el miedo al abismo que se nos presenta en el rostro del Otro, pero también encontrar una condición común de vida en ese abismo.

#### REFERENCIAS

- Butler, Judith (2006), *Vida precaria. El poder, el duelo y la violencia*, Buenos Aires, Paidós.
- Butler, Judith (2008), *Vulnerabilitat, supervivencia/Vulnerability, survivability*, Barcelona, Centre de Cultura Contemporània de Barcelona.
- Butler, Judith (2012), *Dar cuenta de sí mismo. Violencia ética y responsabilidad*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Cavarero, Adriana (2009), *Horrorismo. Nombrando la violencia contemporánea*, Barcelona, Anthropos.
- Cavarero, Adriana (2019), "Inclinaciones desequilibradas", *Papeles del CEIC*, vol. 2, núm. 211, pp. 1-12.
- Levinas, Emmanuel (1995), "Paix et proximité", *Altérité et transcendance*, Saint-Clément-la-Rivière, Fata Morgana.
- Lispector, Clarice (2011), "La mujer más pequeña del mundo", en *Cuentos reunidos*, Madrid, Ediciones Siruela.
- Saez Tajafuerce, Begonya (ed.) (2014), *Cuerpo, memoria y representación. Adriana Cavarero y Judith Butler en diálogo*, Barcelona, Icaria.

ALEJANDRA DE LA PEÑA BARRIGÓN. Graduada de la Licenciatura en Literatura Latinoamericana por la Universidad Iberoamericana (UI), México. Sus intereses académicos se centran en la obra de autoras latinoamericanas, sobre todo de poesía mexicana contemporánea. Le gusta trabajar temas del cuerpo y el erotismo en relación con elementos lingüísticos puntuales.